

EL CRECIENTE PESO DE LOS HISPANOS EN ESTADOS UNIDOS Y SU SIGNIFICACION PARA ESPAÑA

Rafael Garranzo
Diplomático

En noviembre pasado, el candidato demócrata, Barak Obama, ganaba las elecciones presidenciales en Estados Unidos. Seis meses después, y aunque pueda variar el grado de importancia y de determinación que se le atribuye, nadie pone en duda la correlación entre la victoria del candidato demócrata y el apoyo que le concedieron los electores hispanos o, visto desde otro ángulo, la pérdida del candidato republicano está en relación con la pérdida del electorado hispano. Este creciente peso político del electorado hispano está, obviamente, en correlación con el peso creciente que la comunidad hispana ha ido adquiriendo en Estados Unidos en su demografía, así como en su economía y, derivado de ello, la conciencia y la determinación colectiva de traducir políticamente esa nueva realidad.

Los hispanos constituyen en la actualidad algo más del 15 % de la población de Estados Unidos. Con un total de más de 45 millones de habitantes ha pasado a ser la minoría con mayor crecimiento demográfico. Según los datos del censo, teniendo en cuenta el balance entre nacimientos y muertes, emigración e inmigración, se calcula que cada minuto hay cuatro nuevos ciudadanos norteamericanos. De esos cuatro, dos son latinos.

Respecto a su poder adquisitivo, se estima en la actualidad que su poder de compra es de 600.000 millones de dólares. Y en cuanto al perfil profesional, crece su implantación en la clase media así como aumenta el número de cuadros directivos de origen hispano (más de 82.000 altos ejecutivos, 46.000 médicos o 43.000 abogados).

Aunque no todos los hispanos hablan español, el idioma es percibido como uno de los factores identitarios de esta comunidad. Según la Enciclopedia del Español en

Estados Unidos, editada por el Instituto Cervantes, hay más de 32 millones de habitantes en EEUU cuya primera lengua es el español y, teniendo en cuenta el ritmo de crecimiento demográfico de esta comunidad, se estima que, en poco tiempo, Estados Unidos pasará a ser el segundo país del mundo en cuanto a número de hispanoparlantes.

Este creciente peso demográfico, social y económico ha terminado traducéndose en un creciente peso político que se puso ya de manifiesto en las elecciones de 2006 al Congreso (un 70% de los hispanos votó a favor de los demócratas). Se revertía con ello la etapa de crecimiento del voto republicano entre los hispanos, que en el período 1996-2004 creció del 21 al 40%. La última etapa de la anterior administración y, muy especialmente, el discurso anti inmigrante que asumió públicamente una parte de la clase política republicana trastocó radicalmente esta tendencia, y eso a pesar de que el Senador Mc Cain tuvo un enfoque generoso e inteligente (aunque minoritario dentro de su partido) hacia el problema de la inmigración. Como resultado de ello, los votantes hispanos optaron en las elecciones presidenciales por Obama por un margen de dos a uno (67% frente al 31%). Este apoyo a la candidatura demócrata era además especialmente valioso en estados claves como Colorado, Florida, Nuevo México y Virginia, con importantes núcleos hispanos y que pasaron a tener mayoría demócrata en estas elecciones presidenciales. Debe recordarse que Kerry, en las elecciones del 2004 obtuvo únicamente el 54 % del voto hispano.

El convencimiento de que el voto hispano había sido clave en la victoria de Obama abrió la puerta a una nueva fase para sus organizaciones, centrada ahora en garantizar su participación en la definición e implementación de la nueva agenda política.

La agenda hispana

La primera prioridad a negociar por los hispanos con la nueva administración fue la de garantizar que el nuevo equipo de Gobierno incluyera un número representativo de

hispanos a todos los niveles de la Administración. Las expectativas nacían bien alimentadas, teniendo en cuenta que se citaba la presencia de no menos de 50 hispanos en el equipo de transición de Obama. Hubo, sin embargo, en los primeros momentos y ante los primeros nombramientos, una primera sensación de frustración. El hecho de que se optara por la Senadora Clinton para ocupar el Departamento de Estado frente al Gobernador de Nuevo México, Bill Richardson, —quien, además, había hecho una difícil apuesta personal al endosar explícitamente a Obama a pesar del conocido vínculo que le unía a los Clinton— fue uno de los primeros elementos que desató cierta alarma entre las organizaciones hispanas. La noticia del rechazo del Congresista Becerra del puesto de Trade Representative, por entender que el comercio no iba a constituir una prioridad de esta administración aumentó la sensación de que se les estaban ofreciendo puestos de segunda relevancia lo que finalmente motivó que el Congressional Hispanic Caucus escribiera al Presidente para reiterarle la necesidad de seleccionar a hispanos para los puestos de más alto nivel de su administración.

Los nombramientos de Richardson para Comercio (aunque posteriormente se viera obligado a renunciar) y los de Hilda Solís en Trabajo, Ken Salazar en Interior y Janet Napolitano mandaron un poderoso mensaje de compromiso con los hispanos, nombramientos a los que había que sumar los de segundo escalón. En una clara demostración de apoyo al Presidente, desde el Consejo Nacional de la Raza, una de las principales organizaciones que defienden los intereses de los hispanos, se hizo pública la satisfacción por la política de nombramientos de la nueva administración. El largo proceso de nombramientos, que de hecho todavía está en curso, hace imposible dar todavía una valoración definitiva de en qué medida esta demanda de nombramientos ha sido satisfecha.

Por otro lado, el anuncio de que el Presidente propondrá a Sonia Sotomayor para el Tribunal Supremo satisface una de las aspiraciones más sentidas de los líderes hispanos y coloca en una posición incómoda al Partido Republicano que deberá decidir que posición adoptar ante la propuesta, siendo conscientes de que oponerse al nombramiento puede profundizar la fractura entre el partido y los hispanos.

El segundo gran tema en la agenda hispana es lógicamente, el de la inmigración. Los datos más recientes del censo señalan que se está produciendo un descenso del número de inmigrantes hispanos, afectados por las nuevas normativas sobre inmigración y especialmente por la crisis económica. En cualquier caso, con una población de inmigrantes indocumentados de aproximadamente 12 millones, esta baja en la tendencia no debilita la presión hacia una modificación de la legislación.

No fue posible durante la etapa del Presidente Bush sacar adelante la reforma de la política de inmigración a pesar de que se produjeron iniciativas interesantes como la copatrocinada conjuntamente por los Senadores Kennedy y Mc Cain. A pesar de su relevancia, el tema de la inmigración no fue un tema dominante en la campaña presidencial pero nadie duda de que tarde o temprano tendrá que irrumpir en la agenda del Congreso.

Respecto al ritmo para la reforma, dos enfoques parecen posibles: hay quien considera que ya existen bastantes frentes abiertos en el Congreso como para abrir uno más, especialmente uno tan conflictivo como éste, recordando que en un momento de recesión económica es difícil razonar con ecuanimidad en asuntos susceptibles de ser tratados de manera demagógica (la percepción de la amenaza de pérdida de empleo para los nacionales). Otra perspectiva considera que el tema será siempre espinoso, que no se gana nada con retrasarlo y que al contrario, lo que está en juego es la consolidación del voto y la lealtad hispana. En este sentido, incluso han surgido algunas voces minoritarias en el Partido Republicano que reclaman ser ellos los que tomen la iniciativa como estrategia encaminada a recuperar la lealtad hispana al partido. En cualquier caso, el Caucus Hispano parece decidido a no condicionar este tema a planteamientos tácticos y a insistir en la necesidad de que se trate cuanto antes.

Un tercer tema que afecta muy directamente a los hispanos es el de la educación. Los índices de abandono escolar son más altos entre los hispanos que entre otras comunidades norteamericanas. La concienciación ante el problema es tal que el Presidente Obama lo eligió para su intervención en la Cámara de Comercio Hispana donde, tras advertir de la importancia de la formación en los nuevos mercados de trabajo, hizo

un llamamiento a los escolares hispanos a que no abandonaran sus estudios y anunció las grandes líneas de lo que va a constituir su proyecto de reforma educativa. En la medida en que estas propuestas de reforma (que enfatiza iniciativas en las primeras etapas de la formación; propone mejorar los sistemas de medición de resultados y de asesoramiento así como en la formación, capacitación e incentivos para los maestros y reforma de las escuelas; junto a programas para facilitar el acceso a la educación superior) estén en sintonía con las demandas de los hispanos, el Presidente podrá contar con su apoyo a la hora de buscar impulso para su implementación.

Aunque la agenda hispana ha estado tradicionalmente centrada en temas de política interior, puede decirse también que una mayor atención hacia América Latina es otra reivindicación de la comunidad hispana. Latinoamérica perdió protagonismo durante la administración Bush y durante esa etapa la imagen de EEUU en Latinoamérica se hundió, salvo determinadas excepciones, tanto entre la clase política como entre la ciudadanía. Ello ha facilitado a la administración Obama presentarse con un nuevo talante y con una nueva agenda. Si la anterior administración enfatizó como prioridades la lucha contra el narcotráfico, la democracia y el libre comercio, la administración Obama se presentó en la Cumbre de las Américas renunciando a grandes iniciativas globales y omnicomprensivas, con un discurso en el que denunciaba sus pasados comportamientos en la región y proponía una agenda en la que primaban la lucha contra la inseguridad, el desarrollo inclusivo y las iniciativas para una mayor seguridad energética con el énfasis en nuevas fuentes de energía. A ello ha sumado el giro en su política hacia Cuba, demandada por todos los gobiernos del continente.

Y España

En este contexto es inevitable plantearse si esa nueva situación afecta, y de qué modo, a España. En realidad, la convicción de que nuestro país debe aprovechar el potencial que representa la comunidad hispana ha estado, con más o menos intensidad, presente a lo largo de las dos últimas décadas. De entre las iniciativas que se han generado, qui-

zás la más sólida y que ha demostrado tener más recorrido es precisamente el programa de Jóvenes Líderes Hispanos que financia y organiza la Fundación Carolina en colaboración con el MAEC.

Gracias a este programa han viajado a España más de ciento cincuenta jóvenes hispanos algunos de los cuales han pasado a ocupar puestos de relevancia en la actual o en pasadas administraciones. Los participantes en este Programa han creado una Asociación, la Asociación de Líderes Hispanos, que se propone como objetivos de sus actividades no solo fomentar las relaciones entre España y Estados Unidos sino también, complementariamente, mantener una posición activa en el análisis de la problemática de los hispanos en Estados Unidos ayudando en la elaboración de diagnósticos y propuestas en temas como identidad, inmigración o educación. Finalmente, la Asociación se propone también incentivar propuestas de colaboración triangular con Latinoamérica que incidan de manera positiva en el desarrollo de sus países de procedencia u origen.

Ahora bien, dada la relevancia de lo hispano en EEUU y el peso de un país como España, parece evidente que es necesario superar esta fase de iniciativas aisladas para pasar a articular una estrategia que defina claramente qué objetivos perseguimos y qué líneas de actuación pretendemos seguir para su logro, todo ello articulado en un Plan de Acción que permita programar y validar resultados.

Debe corresponder al MAEC el liderazgo en la elaboración de esta estrategia en un proceso de consulta inclusivo que cuente con la participación de todos los departamentos y organismos que pasarían a ser parte de este Plan.

Será este proceso consultivo el que finalmente sancione estos objetivos entre los cuales pueden citarse el maximizar la capacidad de acción de España en Estados Unidos a través de redes de contacto con intereses compartidos así como el apoyo a iniciativas que resulten en el reconocimiento de que lo hispano no es un elemento tardío, añadido y hasta cierto punto impuesto a la realidad norteamericana sino al contrario, un elemento presente en este país desde su nacimiento, que ha jugado un papel deter-

minante y constructivo en las diversas etapas de la historia de este país y que en la actualidad es un factor dinamizador de la vida norteamericana.

España, además, puede colaborar en algo que, más o menos pronto, acabará incorporándose a la agenda hispana en EEUU: la preocupación por el desarrollo de los países latinoamericanos. Como hemos mencionado, la agenda de las organizaciones hispanas ha estado centrada prioritariamente en cuestiones de política interior, pero parece inevitable que a medida que crezca la capacidad de influencia de esta comunidad se vaya introduciendo cada vez más una preocupación por influir en el diseño e implementación de la política hacia el Hemisferio. Nuestro país, siendo consciente de la nueva etapa que se abre entre EEUU y Latinoamérica está interesado en iniciativas de cooperación triangular especialmente en temas como el apoyo a un desarrollo económico inclusivo, la lucha contra la pobreza y el fortalecimiento del Estado de derecho y de las instituciones que deben hacer de él una realidad sentida cotidianamente. ¿Es posible que en este esfuerzo de triangulación los hispanos tengan algún papel? En realidad, las opciones son muchas y requieren únicamente su inserción en un Plan de Acción y garantizar la financiación de las mismas. Sólo por mencionar un par de ejemplos, los programas de formación municipal que España lidera en Latinoamérica podrían incluir a expertos y cargos locales hispanos electos en EEUU. La necesaria concienciación social y fiscal de las empresas latinoamericanas también podría fomentarse en programas que incluyeran a empresarios hispanos en este país. Finalmente, la cooperación entre departamentos de universidades españolas y latinoamericanas para proyectos con impacto en el desarrollo de su países podrá enriquecerse con la inclusión de universidades norteamericanas insertas en la Hispanic Association of Colleges and Universities (HACU).

En resumen, el mundo hispano en EEUU ha cruzado de manera irreversible un determinado umbral que consolida su peso clave en la vida política norteamericana. Ello, a su vez, le permite participar activamente en la definición de la agenda política. Para España, todo ello abre oportunidades tanto como un instrumento de sus intereses nacionales y también dado nuestro interés en la consolidación positiva de la “marca

hispana”; y, finalmente, se nos abren nuevas vías, todavía sin explorar, de crear mecanismos de cooperación triangular. Los intereses están ahí: de lo que se trata es de mostrar que se es capaz de articular una estrategia que defina las líneas de actuación y ser capaces de llevarla a cabo.

Washington, junio de 2009